

**Ernesto,  
el exterminador  
y el increíble mundo  
más allá de Sayago**

Roy Berocay

loqueleg

## Tania y el ropero mágico y para nada original

7

Tania era una niña de nueve años. Tenía la piel blanca y ojos y cabellos castaños. Aunque en realidad, desde el punto de vista de esta historia, da lo mismo. Podría ser rubia, morocha, de piel negra o verde, alta o baja, flaca o gorda, o con la cara llena de granos y dos dientes menos. Pero como cada uno puede imaginar a Tania como quiera, para mí era así, con ojos y cabellos castaños, algo cachetona y con una mirada inteligente y burlona.

Tania vivía con sus padres en una casita muy prolija de dos plantas en el barrio de Sayago. Por eso ese nombre figura en el título y no dice, por ejemplo, “más allá de París” o “de Nueva York”. El papá trabajaba en una empresa que quedaba cerca. Ahí arreglaba toda clase de aparatos electrónicos, radios, televisores, secadores de pelos, disparadores de antimateria y cosas que a la gente se le rompían a cada rato.

La mamá de Tania, una señora joven y muy bonita, era peluquera y siempre andaba muy arreglada, hasta para ir al mercado, algo que apreciaban mucho los camioneros que pasaban por la avenida y le gritaban cosas que ella hacía como que no escuchaba porque era muy seria.

A Tania le gustaba mucho jugar con sus amigas y hacer toda clase de bromas. Y también, a veces, le gustaba quedarse en su cuarto a mirar televisión o a leer libros de aventuras.

8 Pero un buen día, porque efectivamente era un buen día, con un clima agradable y todo eso, su papá llegó a la casa a bordo de un camión pequeño. Dos señores musculosos y sudados, de esos que cuando se agachan dejan ver una pequeña parte de su raya trasera, bajaron un enorme y antiguo ropero y con mucho cuidado lo subieron por la escalera y lo pusieron en el cuarto de Tania.

—¡Me salió baratísimo! —explicó el papá muy contento observando aquel enorme ropero de madera oscura y fuerte—. Se lo compré a una familia, creo que el apellido era Valiente o algo por el estilo. Dijeron que era de la hija, una niña llamada Martina, o Mariana, o Marina, no me acuerdo. Ya no lo querían y me lo dieron por unos pocos pesos.

—Pero papá, es enorme y además es... —Tania miró aquella mole de madera que le parecía alta como un edificio— es medio raro, ¿no?

—¿Raro? ¿Qué puede tener de raro un ropero? —El papá golpeó la madera de las puertas grandes con los nudillos—. Es madera buena, pero buena de verdad, ni un terremoto rompería este ropero. —Lo abrió y le mostró a Tania una amplia hilera de cajones, además de la parte central, grande como un ascensor para cuatro personas.

Más tarde Tania estaba tirada sobre su cama mirando una revista en la que había fotos de una banda de rock de chicos que le gustaban mucho y estaban muy de

moda. A ella le gustaba el que tocaba la guitarra, pero a sus amigas les gustaba el baterista. Tania miraba las fotos y se imaginaba cantando en un concierto y...

Algo la detuvo. Un zumbido, un sonido que parecía venir desde muy lejos, como voces que llegaran desde la esquina, o la avenida.

—¡Te dije que no es por acá, zopenco! —decía una de las voces lejanas. Sonaba como de un hombre algo mayor. Era una voz finita.

—Lo siento de verdad, amo —se disculpaba una voz más joven y más aguda aún—. La pitonisa dijo que había que doblar a la derecha después del Árbol de los Lamentos por los Penales Errados.

—¿No dijo doblar a la izquierda, estás seguro?

—No, amo, dijo a la derecha, estoy seguro...

Tania se levantó y miró hacia afuera por la ventana. Anochecía en el barrio y el resto del hemisferio. Vio pasar un auto por la calle. No había nadie en la vereda. Sintió un escalofrío pues se dio cuenta de que las voces no venían de la calle.

Venían desde dentro de su cuarto.

Giró y la sensación aumentó en su barriga.

Las voces venían desde el ropero.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? La reina dijo que nos cortarían la cabeza si volvíamos con las manos vacías.

—¡Cállate, tonto, todo es tu culpa, todo! Debería devolvarte a los gronchios para que hagan un guiso con tus tripas.

—¡No, amo! ¡Los gronchios no!

Tania oía claramente la conversación. No tenía dudas: las voces venían en verdad desde dentro del

ropero. Llegaban junto con un extraño zumbido. Se acercó y posó su mano sobre la madera. Aquella cosa temblaba. Pero no con un gran temblor, sino apenas y con un movimiento suave, como el latido de un corazón de conejo bajo la piel. Aunque la madera no se sentía igual que la piel de un conejo.

10 Tania pensó en avisarle a su padre. Él estaba en el living viendo el noticiero. Era viernes y su madre trabajaba hasta más tarde. Ella podía oír la voz del locutor de la tele hablando de un asalto a un banco. Dudó. A lo mejor las voces del ropero no eran de verdad. Su papá siempre decía que ella tenía mucha imaginación. No quería molestarlo con bobadas. Apoyó su oreja contra la madera.

—Ella lo dijo claramente, Clementus, muy claramente: “vuelven con la princesa o “adiós cabeza”. “¡Adiós cabeza!” dijo. Y sucede que me gusta mucho mi cabeza, con los años he llegado a tenerle cierto cariño.

—Yo también quiero a mi cabeza, amo —dijo la otra voz—, pero le juro que no fue mi culpa.

—Bueno, por acá veo una puerta, a lo mejor la pitonisa nos indicó el camino correcto.

—¡No abra, amo! ¿Y si sale un tragalotodo? O peor, ¿un tigre dientes de cuchara?

—Tranquilo, los tigres dientes de cuchara no te muerden, ignorante.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacen?

—Te revuelven.

Tania oyó algo, una especie de *clic* dentro del ropero y luego un sonido a viento, como si se hubiese abierto una puerta. El ropero tembló con más fuerza. Ella retrocedió asustada un paso, dos, tres.

—Está oscuro —dijo la voz—. Clementus, enciende una antorcha.

—No tenemos antorchas, amo.

—Bueno, pues enciende una candela.

—Tampoco tenemos...

—Pero ¡por los dioses de la Gran Raviolada Cósmica! ¿Acaso no tenemos nada?

Tania, con su corazón latiendo a cien kilómetros por hora, decidió salir del cuarto. A lo mejor solo era su imaginación. A lo mejor no. Cerró la puerta, bajó al living y fue a sentarse junto a su padre, frente a la tele.

11

—Otra vez perdimos —se quejó él—. Este cuadro no levanta cabeza.

Tania miró las imágenes de los goles del otro cuadro en la pantalla. Y luego se recostó al hombro de su padre, que le pasó un brazo. Juntos miraron las noticias sobre asesinatos, secuestros, bombardeos, inundaciones, hambre, tornados, guerras y demás cosas rutinarias del mundo de todos los días.

Más tarde, cuando llegó su madre y su padre ya tenía lista la cena, Tania pensó en comentarle algo a ella, pero también se calló. Aun así, evitó todo lo posible volver a su cuarto. Ayudó a lavar los platos y hasta a barrer, cosa que no hacía muy seguido.

Pero llegó un momento en que ya no hubo más remedio que regresar a su cuarto. Era hora de dormir y, aunque al otro día fuese sábado, no había excusas para quedarse levantada. Pensó en poner la tele de su cuarto bien fuerte para no oír voces ni nada.

Pero cuando entró a su habitación, tuvo que ahogar un grito de asombro y de terror, aunque fue más de lo primero que de lo segundo.

Dando vueltas en su cuarto había un caballero. No un señor de bigote y traje, sino un caballero de esos como en las películas, con armadura, espada y casco con agujeritos y como un plumero rojo encima. Lo curioso era que el caballero medía poco más de medio metro. A su lado andaba una especie de muchacho o niño o enano de pelo amarillo como el trigo y cabeza enorme. Este era aún más bajito que el caballero.

—¡Por dos mil dragones y medio! ¡Es ella! —dijo el caballero asombrado.

—No lo sé amo, no se le parece.

—¡Es ella, te lo digo! ¿Quién más podría ser? La pitonisa te dijo lo correcto.

—No sé, capaz que dijo doblar a la izquierda.

Tania dudó. Su corazón redobló como un tambor. No sabía qué hacer. Pensó en correr, pensó en gritar, pero aquellas dos figuras no le resultaban amenazadoras. En realidad eran bastante graciosas, casi como juguetes grandes. El caballero tenía las piernas muy largas y el tronco muy corto y caminaba en círculos con dificultad, dando grandes zancadas y haciendo ruido a metal, arrastrando por el suelo una larga espada. Se movía como lo haría alguien que tuviese puestas patas de rana. Su ayudante, Clementus, lo seguía, dando las mismas vueltas alrededor del cuarto pero con pasitos cortos y apurados. Tania no entendía por qué no se detenían.

—¿Se puede saber quiénes son ustedes y qué hacen en mi cuarto? —preguntó finalmente.

El caballero corto se frenó. El asistente también. Los dos se quedaron unos instantes mirando hacia arriba, hacia su cara.



—Es en verdad hermosa, amo —dijo el asistente.

—¡Claro que es hermosa! Es una princesa. ¿Alguna vez viste una princesa que no fuera hermosa?

13

Tania se sintió halagada, pero eso no respondía su pregunta. En su cuarto había dos seres extraños salidos de un ropero viejo y enorme. Tenía que haber una explicación. Ella había leído historias y visto películas acerca de niñas y niños que pasaban a otros mundos a través de espejos, o roperos, o cubos de luz, o en sueños, o en libros mágicos. Pero esta vez eran seres que habían venido desde otro lado.

Tania dudó en acercarse al caballero. Le resultaba muy cómico con su casco cerrado. Podía ver el brillo de sus ojitos a través de los agujeros.

—No soy una princesa —les dijo finalmente—. Soy Tania, tengo nueve años y voy a la escuela 342, maestro Episódico Armario López.

—¡Lo sabía, lo sabía! —lloriqueó el caballero—. Adiós mi linda cabecita, y tanto que la quiero.

—No llore amo, ya le crecerá otra.

—¿Te crees que tengo una cabeza de choclo o de zapallo acaso? No, las cabezas no crecen de vuelta cuando te cae el filo de la reina. Ella las usa para hacer sopa o algo, los sirvientes siempre dicen cosas horribles.



Tania hizo una mueca de asco. No quería imaginarse sopa de cabeza de caballero, con o sin casco.

—Creo que van a tener que irse —dijo Tania señalando el ropero—. De verdad lamento no ser la princesa que buscan.

El caballero bajó cabeza y la sacudió un par de veces, luego acomodó su espada en la cintura.

14 —Tiene razón, espero disculpe nuestra intromisión, agraciada damisela, ya nos vamos —suspiró el caballero—. Tendremos que pagar con nuestras cabezas lo que nuestras mentes no supieron resolver.

A Tania le dio pena, pero no podía tomarse muy en serio aquella escena. Incluso verlos marchar hacia el ropero le parecía gracioso. Lástima, le habría gustado que se quedaran a jugar.

Los dos se fueron y Tania cerró la puerta del ropero. Se quedó un rato con la oreja pegada a la madera, pero las voces habían desaparecido.

Se acostó. Estaba sobresaltada por lo que había pasado, pero por alguna razón aquello le daba más gracia que preocupación. Encendió el televisor y se tranquilizó del todo. Sus padres la dejaban ver un ratito de tele antes de dormirse. Puso un programa de preguntas y respuestas y trató de adivinar las contestaciones. No le embocó ni a una.

De a poco le empezó a dar sueño. Sus párpados se cerraban. Ella luchaba por volver a abrirlos. En un último resto de voluntad estiró su mano con el control remoto y apagó la tele. Se dio vuelta, se acomodó bien sobre la almohada y se durmió.

En la oscuridad de su ensueño creyó oír voces, pero no pudo despertar.

—Nuestra princesa —repetía, una voz.

—¿Tienes la poción preparada, Clementus?  
—susurraba otra.

A la mañana siguiente cuando su madre fue a despertarla, Tania había desaparecido.